

placencias la libaban de sus caricias, por más que aceptase alguna que otra vez el abominable cumplimiento de su deber con la resignación de una honrada mujer que no quiere faltar á sus obligaciones.

—¿Con qué es decir que esa es honrada? preguntó Octavio con interés.

—¡Oh! si querido amigo, contestó Troublot, muy honrada. Reune todas las cualidades: ¡bella, formal, bien educada, instruida, de buen gusto, casta é insoportable!

Al final de la calle Montmartre había aglomeración de carruajes, y se detuvo el coche. Los jóvenes bajaron el cristal para ver qué era aquello, y oyeron la furiosa voz de Bachelard increpando á los cocheros. Cuando el vehículo pudo continuar la marcha, Guenlin dió algunos pormenores de Clarisa. Se llamaba Clarisa Bocquet, y era hija de un antiguo vendedor de juguetes que explotaba las ferias con su mujer y toda una bandada de hijos sucios y desarrapados. Duveyrier la halló una noche cuando un amante acababa de arrojarla á la calle. Sin duda aquella mujer respondía á un ideal muy deseado, porque le fascinó hasta el punto de convertirle poco menos que en un cadete. Clarisa consintió en vivir en la calle de la Cerisaie á pesar de lo extraviada que era, para no

comprometer á su nuevo amante, pero en cambio le comía un riñón. Por de pronto le hizo gastar un dineral en muebles, y luego le sacaba el jugo á cada instante devorando alegremente su fortuna en compañía de algunos actores del teatro de Montmartre.

—A mí todo eso me importa un blédo, dijo Troublot; lo que yo quiero es pasar el rato divertido, y por de pronto en su casa no le obligan á uno á cantar, ni ella se pasa el tiempo triturando las teclas del piano como la otra... ¡Oh! ¡el piano! Francamente cuando está uno mortificado en su casa, cuando se tiene la desgracia de tener por mujer un piano mecánico que ahuyenta á todo el mundo, sería una tontería no formarse en otra parte un hogar cómodo y agradable donde poder recibir á los amigos en confianza.

—El domingo último, añadió Guenlin, quiso Clarisa almorzar á solas conmigo, en su casa se entiende; pero me negué. Después de esos almuerzos, comete uno mil tonterías, y no quiero que el día en que la plante Duveyrier vaya á instalarse en mi casa. Ella no puede verle ni pintado... ¡Oh! le da un asco, que la vuelca el estómago. Ya se ve, con aquellos granos que le manchan la cara; pero la pobre no puede como

su mujer mandarle á paseo. ¡Si pudiera endosárselo á su criada, contenta se vería!

El coche se detuvo y los jóvenes se apearon delante de la muda y negra casa de la calle de la Cerisaie; pero tuvieron que esperar á Bachelard, porque después de haber reñido con el cochero se empeñó en convidarle á una copa de vino. En la escalera, á las reiteradas preguntas que le hacía Josserrand acerca de la amiga de Duveyrier:

— Es una mujer de mundo, una buena persona... no tenga V. cuidado, que no le comerá.

Una criadita de sonrosado y agradable rostro abrió la puerta, y quitó los abrigos á aquellos caballeros, acompañando este servicio con sonrisas familiares y cariñosas. Troublot la detuvo un instante en un rincón de la antesala diciéndola al oído algunas cosas que á juzgar por su risa parecían hacerla cosquillas. Bachelard entró en la sala y presentó á M. Josserrand. Éste permaneció un momento confuso, Clarisa le pareció muy fea, y no podía explicarse cómo el consejero prefería aquella mujer negruzca y delgada, con una cabeza de perro dogo, á su esposa, una señora de la más excelente sociedad. Por lo demás, Clarisa estuvo con él amabilísima. Tenía el barniz parisien, un ingenio

superficial y prestado, y un desenfado insinuante, adquirido en su roce con los hombres. Por supuesto que cuando quería sabía darse aires de gran señora.

— Caballero... tengo el mayor placer... Todos los amigos de Alfonso son mis amigos... Celebro que sea V. de los nuestros... la casa está á su disposición.

Duveyrier, advertido por una carta de Bachelard, dispensó una excelente acogida á Josserrand. Octavio se asombró del aspecto juvenil del magistrado. No era el hombre severo y disgustado que no parecía estar en su casa cuando le vimos en la calle de Choiseul. Las manchas encarnadas de su rostro no pasaban del color sonrosado, en sus ojos oblicuos se reflejaba una alegría infantil, mientras que Clarisa contaba en un grupo las escapadas que hacía para ir á verla, aprovechando la suspensión de alguna audiencia: el tiempo preciso para subir á un coche, correr á verla, darla un beso y volver al tribunal. Entonces se quejó él de lo agobiado que estaba, cuatro audiencias por semana desde la once hasta la cinco, y siempre los mismos cabos que atar y desatar; aquello concluía por secar el corazón.

— Así es, añadió, que nada tiene de extraño que necesite entre tantas espinas bus-

car alguna vez la rosa. Después parece que respiro mejor.

Duveyrier no llevaba como de costumbre la cinta encarnada en el hojal al visitar á su querida: era esto un escrúpulo, una delicada distinción que su pudor se empeñaba en conservar. Clarisa, sin confesarlo, estaba muy resentida por ello.

Octavio que no tardó en tratar con familiaridad á la dueña de la casa, veía y escuchaba. La sala con su alfombra de flores grandes, con su mobiliario y sus colgaduras de satén granate, se asemejaba mucho á la de la calle de Choiseul, y para completar esta semejanza hasta muchos de los amigos del consejero á quienes había visto aburridos en su casa la noche del concierto, se encontraban allí formando idénticos grupos. Pero allí se fumaba, se hablaba en alta voz, todo era alegría y animación. Dos caballeros estaban poco menos que acostados uno al lado del otro sobre un ancho divan, otro aparecía montado en una silla, con la espalda vuelta á la chimenea. Todos estaban á sus anchas, disfrutando de la más amplia y juiciosa libertad. Clarisa no recibía jamás á ninguna mujer por consideración según decía, y cuando alguno se quejaba de la falta de damas, exclamaba riéndose:

—¿Y yo? ¿Acaso no basto?

Había organizado para su Alfonso un interior decente, aunque burgués en el fondo, porque á pesar de los altos y los bajos de su vida, siempre le había gustado el bien parecer. Cuando recibía gente no permitía que la tutease, pero al hallarse sola y á puertas cerradas se mostraba condescendiente con todos los amigos de su amante, y con los suyos propios que eran cómicos muy afeitados y pintores muy barbudos. En ella era antigua costumbre divertirse por su cuenta apenas se iba el hombre que pagaba. De todos los individuos que formaban su tertulia, sólo dos se habían hecho los sordos á sus condescendencias; Guenlin, atormentado por el temor de lo que después podía sobrevenir, y Troublot, cuyas aficiones le llevaban por otros caminos.

Justamente la criadita pasaba, ofreciendo con su cara de pascua, vasos de ponche á los convidados. Octavio tomó uno y acercando la boca al oído de su amigo:

—La criada me gusta más que el ama, dijo.

—Ya lo creo, vale infinitamente más, contestó Troublot relamiéndose, y con el acento de la más profunda convicción.

Clarisa se acercó á ellos un momento. Se

multiplicaba que era un gusto, iba de un grupo á otro, decía una frase, regalaba una sonrisa, hacía un gesto. Como todos los que iban llegando, lo primero que hacían era encender un cigarro, la sala no tardó en llenarse de humo.

—¡Oh! ¡los pícaros hombres! dijo ella sonriéndose, y corriendo á abrir un balcón.

Sin aguardar más, Bachelard instaló en el hueco del balcón á M. Josserand, para que respirase un poco, según dijo, y acto continuo, por medio de una hábil maniobra llevó al mismo sitio á Duveyrier, abordando sin más preámbulos, el asunto objeto de su visita. El consejero expuso que se creía muy honrado de que un lazo estrecho uniera á las dos familias, y después preguntó cuándo se firmarían los contratos.

—Mañana nos proponíamos Josserand y yo ir á visitar á V. para arreglarlo todo, porque ya sabemos que Augusto no hace nada sin contar con V., dijo Bachelard; teníamos que hablar acerca del dote, pero ya que estamos aquí reunidos...

Josserand, lleno de angustia, miraba el fondo oscuro de la calle y sentía haber ido hasta allí, temiendo que aprovechándose de su debilidad, le metieran en un nuevo lio, cuyas consecuencias le mortificaban antici-

padamente. Sacó fuerzas de flaqueza é interrumpió á su cuñado:

—En otra ocasión hablaremos de eso... ahora no es oportuno.

—¿Y por qué no? exclamó Duveyrier, con la mayor amabilidad. Aquí estamos mejor que en cualquier otra parte. Prosiga V., M. Bachelard.

—Pues bien, nosotros damos á Berta cincuenta mil francos, continuó diciendo el tío; pero esa suma está representada por un seguro, á veinte años de plazo, que Josserand impuso á favor de su hija, cuando ésta tenía cuatro años. Así, pues, hasta dentro de tres años no puede recoger esa cantidad.

—Permitanme ustedes, balbuceó el cajero, sumamente azorado.

—No, déjeme V. acabar; M. Duveyrier me atiende perfectamente. No queremos que los novios esperen tres años un dinero que pueden necesitar en seguida, y nos comprometemos á entregar el dote en plazos de diez mil francos de seis en seis meses, sin perjuicio de reembolsarnos después cobrando el capital asegurado.

Hubo un momento de silencio. M. Josserand, helado, sofocado, miraba de nuevo la oscura calle. El magistrado parecía reflexionar; quizás adivinaba el gatuperio que pro-

yectaba Bachelard y se complacía en dejar engañar á los Vabre, á quienes execraba en la persona de su mujer.

—Todo eso me parece muy razonable, dijo al fin; y debo dar á ustedes gracias. Es raro que un dote se entregue íntegro.

—Nunca, afirmó el tío con energía; eso no se hace jamás.

Y los tres se estrecharon la mano, dándose cita para el jueves en casa del notario. Cuando M. Jossierand volvió á la sala, estaba tan pálido, que le preguntaron si se sentía indispuerto. No estaba bien, en efecto, y se retiró sin aguardar á su cuñado, que había pasado al comedor, donde el champagne reemplazaba al té clásico.

Entretanto Guenlin, arrellanado en un canapé, cerca del balcón, murmuraba:

—¡Este tío es un canalla!

Oyó una frase referente al seguro y se indignaba, contando la verdad del caso á Octavio y á Troublot. La venta se había hecho en su presencia, no tenían que cobrar ni un céntimo, estaban engañando al tal Vabre. Después, viendo que sus dos camaradas se reían de aquella farsa, añadió con acento cómicamente enérgico.

—No, pues yo necesito cien francos, y si no me los da el tío canto de plano.

El diapason de las voces subía, el champagne comprometía el simulacro de decencia, establecido por Clarisa. El final de sus reuniones solía tomar colores demasiado vivos. En ocasiones hasta ella misma se olvidaba de su papel. Troublot la mostró á Octavio detrás de una puerta, colgada del cuello de un mocetón, con todo el aire de un aldeano picapedrero, recién llegado del Mediodía, á quien su ciudad natal costeaba los medios de convertirse en un artista. Duveyrier empujó la puerta, y entónces, desasiéndose con presteza, le recomendó á M. Mayan, escultor de talento y de porvenir. El magistrado, muy satisfecho, ofreció hacer lo posible para proporcionarle trabajo.

—¡Trabajo! ¡Trabajo! dijo Guenlin en voz baja, lo que le sobra en esta casa es trabajo.

A cosa de las dos, cuando los tres jóvenes abandonaron la casa de la calle de Cerisaie, con Bachelard, este último estaba completamente borracho. Hubieran deseado empuquetarle en un coche; pero el barrio dormía en un sepulcral silencio, sin que se oyera, ni á lo lejos, el más leve ruido que anunciara un carruaje. En vista de esto se decidieron á sostenerle. La luna, una luna muy clara aparecía de entre las nubes iluminan-

do las aceras, en las desiertas calles sus voces adquirirían una gran sonoridad.

— ¡Pero tío, por todos los santos, no se deje V. caer de ese modo!

El buen hombre, con las lágrimas hasta la garganta, se puso muy tierno y muy moralizador.

— Vete, Guenlin, vete, murmuraba, no quiero que veas á tu tío en semejante estado. ¡No, hijo mío, no es conveniente, vete!

Y al oír que su sobrino le ponía de tunante, que no había por donde cogerle:

— Tunante, añadía, no quiere decir nada... Es necesario hacerse respetar. Yo estimo á las mujeres, por supuesto, cuando son decentes. Cuando carecen de sentimientos me repugnan... Vete, Guenlin... no hagas que tu tío se ponga colorado. Con estos señores me basta.

— Entonces, dijo el sobrino, me va V. á dar cien francos, los necesito para pagar la casa... quieren echarme.

Ante esta petición inesperada se agravó la borrachera de Bachelard, hasta el punto de verse obligados sus acompañantes á sostenerle sobre una puerta.

— ¿Qué es eso de cien francos? balbuceaba... No me registréis, no llevo más que

calderilla. ¿Para que vayas á gastártelos de mala manera? No, no estimularé jamás tus vicios. Sé lo que debo hacer, tu madre, moribunda, te confió á mi cuidado... Poco á poco... si me registran ustedes pido auxilio.

Y continuó tronando contra la vida disoluta de los jóvenes, ponderando la necesidad de que fueran virtuosos.

— Seré todo lo que V. quiera, dijo Guenlin, pero hasta ahora no he estafado á ninguna familia... ¿Me entiende V.? ¡Como yo hablase, le faltaría á V. tiempo para darme los cien francos!

El tío se había quedado sordo, lanzaba algunos gruñidos y se caía á pedazos. En la estrecha calle en que se hallaban entonces, detrás de la iglesia de San Gervasio, sólo un farol proyectaba una débil luz, semejante á la de una lamparilla, y en el cristal aparecía un número de grandes dimensiones. Una trepidación sorda salía de la casa donde estaba el farol, y por los intersticios de las maderas de las ventanas se percibían las luces del interior.

— ¡Bah! dijo Guenlin, ya estoy harto. Quede V. con Dios tío, que ahora recuerdo que olvidé mi paraguas, y voy á buscarlo.

Entró en la casa y Bachelard se indignó, manifestando un profundo disgusto. Al me-

nos reclamaba un poco de respeto á las mujeres; con semejantes costumbres la Francia se perdía sin remedio. En la plaza del Hotel de Ville, Octavio y Troublot hallaron un coche de alquiler, y embutiendo en él al viejo:

—A la calle de Enghien, dijeron al cochero... Cóbrense V., en los bolsillos lleva dinero.

El jueves indicado se firmaba el contrato de boda ante el notario Renaudin, calle de Grammont. En el momento de partir hubo una escena, como las de costumbre, en casa de Jossierand. El padre, profundamente indignado, declaró á su mujer que ella sería responsable del enredo que le obligaban á urdir, y con este motivo volvieron á decirse mil picardías de sus respectivas familias. ¿De dónde querían que sacase los diez mil francos cada seis meses? Aquel compromiso le volvía loco. El tío Bachelard, que estaba presente se daba golpes de pecho, reiteraba sus promesas, después de habérselas arreglado para no gastar un solo céntimo, y enternecido, juraba y perjuraba que por nada del mundo dejaría en descubierto á su querida Berta. Pero el padre, exasperado, le preguntaba si decididamente le tomaba por un imbécil.

Sin embargo, en casa del notario, la lectura del contrato redactado en vista de las

notas que había dado M. Duveyrier, calmó un poco al buen hombre. En él no se hacía mención para nada del seguro, y además el primer pago de los diez mil francos no debía verificarse hasta después de los seis meses de efectuarse la boda. Por lo menos tenía algún tiempo de respiro. Augusto, que escuchaba con la mayor atención, dejó escapar algunas muestras de inquietud: miraba á Berta, risueña, miraba á los Jossierand y á los Duveyrier y concluyó por atreverse á hablar del seguro, como una garantía, que debía por lo menos mencionarse. Al oírle, todos comenzaron á hacer aspavientos. ¿A qué fin hacer aquella mención? Se sobreentendía, era una redundancia; y se pasó á firmar, mientras que el notario, un joven en extremo amable, ponía la pluma en las manos de los señores sin desplegar los labios. Sólo al salir se permitió Mad. Duveyrier expresar su sorpresa: jamás había oído hablar de tal seguro, antes por el contrario, creía que el dote sería abonado por el tío Bachelard. Pero Mad. Jossierand, con la mayor candidez, declaró que jamás habria puesto en evidencia á su hermano por una cantidad tan pequeña. Lo que daría en su tiempo á Berta, era toda su fortuna.

Aquella noche fué un coche á buscar á Saturnino. Su madre había manifestado que era muy peligroso tenerle en casa durante la celebración de la boda, no era cosa de que se presentase en medio de los convidados un loco que hablaba de asesinar á todo el mundo; y M. Josserand, con el corazón lacrado, se vió en la precisión de solicitar la admisión de su desdichado hijo en el asilo de los Moulineaux, en casa del doctor Chasagne. Saturnino bajó de la mano de Berta, creyendo que iba á ir con ella al campo; pero cuando se vió solo y encerrado en el coche comenzó á forcejear, rompió los cristales y agitó por la ventanilla sus ensangrentados puños. M. Josserand subió la escalera llorando al pensar en su separación del pobre demente, sin poder olvidar los rugidos que había lanzado, y que se habían perdido entre los chasquidos del látigo y el galope del caballo.

Durante la comida sus ojos estaba aún humedecidos por el llanto. Su emoción aumentaba al ver vacío el sitio que solía ocupar en la mesa Saturnino; pero su mujer, al comprender la causa de su pena, gritó impacientándose:

—¡Vaya, basta de lágrimas! Supongo que no vas á casar á tu hija con esa cara de en-

tierro... Tranquilízate, que te juro por lo más sagrado, por la memoria de mi padre, que el tío pagará los primeros diez mil francos... yo respondo. Me lo ha ofrecido formalmente al salir de casa del notario.

M. Josserand no respondió ni una palabra. Pasó la noche haciendo fajas, y al amanecer, cuando sentía ese frío que se apodera de los que trasnochan y acababa el segundo millar, habiéndose ganado seis francos, después de haber escuchado maquinalmente, como tenía de costumbre, para convencerse de que Saturnino estaba tranquilo, pensó que Berta, que deseaba un traje de moiré blanco para la boda, podría con los seis francos que acababa de ganar, ostentar un ramo de novia más bonito.